

26289

# EPÍLOGO

---

En el transcurso de sus primeros nueve decenios, la historia de la Organización Panamericana de la Salud ha seguido una trayectoria paralela a la de los profundos cambios sociales, políticos y económicos que han experimentado los países de las Américas en el siglo XX. Durante ese tiempo, la propia Organización ha hecho historia una y otra vez, como se relata en las páginas precedentes.

La Organización, foro de salud pública por excelencia en la Región, ha servido de hélice social al entretejer las diversas necesidades de salud siempre en evolución, desde Alaska hasta Tierra del Fuego, en una actividad de cooperación técnica positiva, práctica y sostenida. La experiencia de 90 años ha moldeado una tradición de panamericanismo, ha imbuido a las políticas del dinamismo que permite la adaptación al cambio y ha contribuido al espíritu de solidaridad en la Región.

Con el correr de los años la OPS ha desempeñado —y continúa desempeñando— la función de impulsor principal del establecimiento de políticas regionales, el análisis y la evaluación de la situación de salud de los países y sus tendencias, el intercambio de experiencias y la transmisión de información, la promoción de la salud en el núcleo del desarrollo humano, y la movilización y canalización de recursos mediante la asociación con otras instituciones que trabajan en pro de la salud en el Nuevo Mundo.

Esas actividades han dado como resultado logros que, con justa razón, enorgullecen a la Organización y a sus Países Miembros. Las campañas de inmunización para erradicar la viruela, la poliomielitis y, quizá también, el tétanos neonatal y el sarampión, representan en sí una revolución trascendental en el campo de la salud pública de la Región. Sin embargo, esos logros son solo hitos a lo largo del camino de un continuo viaje.

En el recorrido hacia el próximo milenio no podemos darnos el lujo de descansar sobre nuestros laureles, sino que debemos valernos de nuestra trayectoria de logros para forjar un futuro de acción eficaz. Las dificultades que se avecinan son grandes y formidables. Desde ahora hasta el año 2000, la población de la Región contará con otros 100 millones de personas que, a su vez, aumentarán el número enormemente elevado de necesidades sociales todavía insatisfechas. Gran parte de esa población colmará las ciudades ya superpobladas, cuya infraestructura ha demostrado por mucho tiempo que no puede cumplir con la tarea de prestar un servicio público equitativo. En el futuro, debemos abordar las desigualdades de acceso a la atención de salud. Tendremos que afrontar también la pandemia del SIDA cuyo aumento es exponencial. Además, debemos combatir un sinnúmero de enfermedades transmisibles y afecciones crónicas y agudas que siguen cobrando un gran tributo.

Aun más, tendremos que afrontar todas esas dificultades en un mundo cambiante en el que las esperanzas surgidas del fin de la guerra fría son empañadas por la presencia de conflictos regionales y locales, rivalidades étnicas, problemas económicos no resueltos, erosión de los valores humanos, desigualdad creciente y pobreza en aumento, y —en América Latina y el Caribe— la existencia de sociedades que todavía se debaten en la crisis económica y social más profunda de su historia.

Ante tan desalentadoras posibilidades tenemos una ventaja indiscutible: sabemos a dónde queremos ir. Nuestra meta inequívoca es el acceso universal a los servicios de salud. Para lograrla se necesitará liderazgo y, en los años venideros, los países de las Américas seguirán acudiendo a la Organización Panamericana de la Salud en busca de liderazgo regional para definir las políticas, transformar los sistemas y fortalecer los programas de salud.

En lo sucesivo, ese liderazgo contará con la información que proporciona un nuevo concepto de salud como parte integrante del desarrollo de las comunidades, los países y la Región. En la búsqueda de ese desarrollo no debemos perder de vista su finalidad esencial: garantizar una calidad de vida que beneficie a todos, se centre en las necesidades humanas y fomente la plena realización del potencial humano. Al liberarse de las ideologías en pugna del pasado, todos los participantes en la empresa social pueden ahora canalizar sus esfuerzos hacia la materialización de ese nuevo concepto de salud.

La Organización, animada por el compromiso que han contraído sus Países Miembros de lograr un mejor mundo para todos y para nuestros hijos, dirigirá en las Américas la expresión de voluntad política con el fin de que el sector salud no solo participe en el proceso de desarrollo sino que, de hecho, fije su rumbo.

No hay una sola fórmula para el desarrollo fructífero. En la búsqueda de un mejor futuro para todos sus habitantes, cada país debe marcar su propio derrotero. Cada uno aportará la experiencia de sus propias raíces culturales. Cada uno afirmará la singular identidad de su pueblo. Como ha demostrado la historia de la Organización Panamericana de la Salud, unidos, los países pueden organizar un nuevo mundo en las Américas.

En opinión de muchos somos soñadores, y eso es verdad. Sin embargo, nuestro sueño está anclado en la realidad. Emanada de la comprensión de que la salud es el indicador más patente del desarrollo de una sociedad. Soñamos con transformar un mundo azotado por una epidemia de cólera hoy, pero que abriga la promesa de salud para todos mañana. Por el bien de quienes de otro modo estarían enfermos y no tendrían acceso a la atención de salud, nuestro sueño debe convertirse en realidad.